

Transdisciplinariedad y desjerarquización en el debate sobre la modernidad

Javier PROTZEL

"Es todopoderosa la idea de un sujeto único (...) Se ha establecido que todas las obras son obra de un solo autor, que es intemporal y es anónimo (...) También son distintos los libros. Los de ficción abarcan un solo argumento con todas las permutaciones imaginables. Los de naturaleza filosófica invariablemente contienen la tesis y la antítesis. (...) Un libro que no encierra su contralibro es considerado incompleto".

Tlön, Uqbar, Orbis Tertius J.L. Borges

PALABRAS y conocimientos encadenándose en laberintos, mirándose en espejos hasta el infinito, y en ellos, las tramas de los relatos armándose y desarmándose en un inacabable juego de dados: poderosas metáforas borgianas que figuran el móvil panorama de reorganización actual de los saberes, de desplazamientos en sus mutuas ubicaciones y jerarquías, y de una profunda mutación en su naturaleza y utilidad. Si bien las bases de la reflexión en ciencias humanas, y en particular en comunicación y cultura, están siendo socavadas desde hace ya por lo menos un cuarto de siglo, este proceso alcanza un punto de inflexión para acelerarse a lo largo de la última década. No es necesario ser apocalíptico para evaluar esta escena - la nuestra, la latinoamericana - aceptando que ya no es sólo un cambio de perspectivas epistemológicas el que estremece a la academia, sino que ante un nuevo entorno informacional y tecnológico dan un giro los modos de comprensión y simbolización replanteándose los principios de organización del tejido social.

Peró ese derrotero de la modernización no es tan claro en estas latitudes como en los países desarrollados. No es que esa visión sea recusable echando mano al argumento simple del atraso relativo del tercer mundo. Se trata más bien de que la pobreza o

Santiago de Chile, *Cuaco/Placco*, 1987, pp. 49-50.

6. Ganando importancia la pragmática por encima de la sintáctica, lo que ha revalorizado, entre otros, el modelo temario de Ch. S. Peirce, la teoría de los actos del lenguaje de J.L. Austin, o el estudio de relación entre el significado de las palabras y la fundamentación de la verdad a partir de la obra de L. Wittgenstein.

7. Me refiero al debate entre modernos y post-modernos cuyas referencias para este caso encontramos en J.-F. Lyotard. *La Condition Post-Moderne*. Paris. Ed. de Minuit, 1979, y Jürgen Habermas. *Teoría de la acción comunicativa*, Tomo I. Madrid, Taurus, 1987.

hablante logra o no un efecto sobre el oyente. Los excesos de la racionalidad teleológica son sucedidos por la teoría wittgensteiniana de los juegos de lenguaje en la cual el enunciado del hablante es una "jugada" bajo reglas establecidas en interacción cooperante con el interlocutor. Irónicamente, el paradigma de la pragmática del lenguaje es una base de reflexión compartida - aunque desde opuestas ópticas - por las dos grandes corrientes del pensamiento crítico contemporáneo orientadas precisamente hacia la comunicación y la cultura, y sobre las que volveremos.⁷ Este cuestionamiento del estatuto y la finalidad de los saberes "clásicos" en el plano de la epistemología se conecta con el afloramiento de esa nueva subjetividad de lo incierto. Por un lado, el lecho de Procasto del rigorismo conceptual que obligaba a las realidades a calzar dentro de esquemas científico-sociales para darles a éstas últimas derecho a existir se desvanece y los saberes se ablandan.

En segundo lugar, la encrucijada de cambio socio-cultural y precariedad económica que contextualiza lo expuesto ha sacado a la reflexión de la (frecuente) oscuridad del gabinete universitario para exponerla a la luz del día. Prácticas menos contemplativas, más orientadas a constituir nuevos objetos traducen otra sensibilidad frente a los saberes de lo cotidiano. Así, temas o metodologías cuya trascendencia se limitaban al ámbito académico son "redescubiertos" en los últimos años al permitir tratamientos más apropiados de los hechos, cobrando inusitado relieve por su labilidad o aplicabilidad.

Tal es la ya mencionada actualización de la pragmática del lenguaje que es parte de un panorama múltiple: la fenomenología y los estudios de "construcción social de la realidad", la etnometodología y el análisis conversacional, etc. Ese énfasis en describir objetos cercanos física y psicológicamente en desmedro de la especulación holista traduce un cambio saludable de status y de condiciones de producción en los investigadores. La humanística tradicional, ejercida desde la soledad del gabinete, universitario o no, de izquierda o de derecha, trasuntaba (o trasunta) un implícito elitismo arriesgando grandes generalizaciones cuando (metodológicamente) podía y debía apoyarse en un trabajo sobre el terreno, que por cierto no niega ni la necesidad ni la fecundidad del trabajo o la escritura interpretativa, sino al contrario lo nutre y le pone los pies en tierra. Actitud atribuible a la ubicación que históricamente han tenido las prácticas académico-científicas aún así se dijese revolucionarias, al estar protegidas en las alturas del prestigio social o institucional - como los sabios en *La República* de Platón. Aunque se le mencione poco explícitamente, la intensificación del trabajo de campo, la tecnificación y la formación de equipos de investigación son cuando menos una consecuencia reciente de las modernizaciones más o menos fallidas de nuestras economías y del trabajo social de base. En esas nuevas

condiciones podemos decir que los investigadores se recogieron las mangas de sus camisas y emprendieron un trabajo colectivo de ida y vuelta entre el campo y el gabinete.

Así, de la misma manera en que los marcos teóricos mutan por ser (mejor) pensables a través de otros que los reformulan y las investigaciones se oxigenan con el aire fresco del trabajo empírico en un nuevo marco institucional, las técnicas al uso se rediseñan al cambiar los instrumentos de registro de información o documentación mediante substitutos de mayor rendimiento y precisión o de menor costo. En tal sentido, el avance en la investigación sobre temas de comunicación y cultura nos da un buen ejemplo. Al mismo tiempo que se perdió el asco a la aplicación de instrumentos estadísticos como los cuestionarios (rechazarlos era de buen tono por ser "funcionalistas"), el desarrollo de la observación etnográfica y de diferentes técnicas de registro de información "cualitativa" (entrevista en profundidad, trabajo grupal, etc.) han permitido superar mucho bizantinismo académico y acercarse más a la realidad. Ello no se explica sin tener en cuenta los cambios concretos en las condiciones de producción del conocimiento: programas estadísticos de cómputo o bases ordenadoras de datos, centros de documentación de acceso remoto, etc. que hacen fácilmente manejable un trabajo hace pocos años kilométrico.

Irónicamente, algunos aspectos de las ciencias sociales que hace apenas década y media daban fe de una vocación "revolucionaria" (juzgados por ello nocivos o inútiles) más tarde se reciclan con nuevo ropaje, pero orientándose a rentabilizar situaciones u objetos antes criticados. Ambivalencias ubicables por ejemplo en la reflexión semio-lingüística, que hizo de la denuncia ideológica la razón preponderante del análisis del discurso, lo que probablemente la enriqueció, aunque por largo tiempo no se deshiciese de sentimientos culposos con respecto a su hermética praxis, o no deviniese, como en algunos casos ahora, en herramienta de la publicidad. O también en la investigación de mercados, que incorporó elementos de la pesquisa sociológica y psico-social realizada en otros contextos. Eso nos lleva al tercer elemento, el mercado, cuya cristalización lo torna en el principal ordenador de la investigación latinoamericana, tendiendo a imponer el alineamiento de temas, instrumentos y técnicas de trabajo, reagrupándose las áreas de estudio menos según criterios académicos *stricto sensu* que por su cotización para estrategias no solamente empresariales, sino también del Estado, de organismos no gubernamentales e incluso de universidades.

Si el privilegio a las estructuras lógicas y el menoscabo a la hermenéutica es una antigua constante científica, lo nuevo reside más bien en la digitalización de los procesos cognitivos y de

producción cultural y en su legitimación en una perspectiva de mercados mundializados, plasmada en una "normalización" temática y metodológica de la investigación a partir de sus pautas.

Ello se asocia con el contexto tecnológico que rodea al cambio de paradigmas. A partir de él debe verse la redefinición el rol intelectual del comunicador en el mundo contemporáneo,⁸ y sobre cuya naturaleza denominada post-moderna nos extendemos más adelante. Sin abundar en magnitudes,⁹ no existe sector económico que no recurra crecientemente a prácticas comunicativas o informativas para efectos de producción o administración, pues han ido dejando de ser un mero adorno mediático para constituirse en componente esencial de su desarrollo, más definido ahora en términos de una interconexión eficaz con el entorno. Sin embargo se impone distinguir si a través de esta inter- o transdiscipliniedad, simplemente se piensa a sí mismo un nuevo orden "post-industrial" planetarizado y sin centro, sometido a los valores del mercado y la información -cuya versión radical anunció Lyotard-, o bien admite ser criticado, como en la perspectiva de Habermas¹⁰ donde el sistema y los mundos-de-vida aparecen como discrepantes. Se plantea entonces desde dónde y para qué se ejerce la inter- y transdiscipliniedad, y en porqué se existen diversos grados de integración.

DESARROLLO DEL TRABAJO INTERDISCIPLINARIO

En realidad la aspiración a un trabajo interdisciplinario, lejos de ser una novedad, es un viejo anhelo del pensamiento occidental que constituye un elemento fundamental del Iluminismo aunque encontremos sus huellas desde el medioevo.¹¹ El encierro de cada disciplina en sus compartimientos metodológicos particulares no fue sólo consecuencia inevitable del aumento del caudal de conocimientos y de la división del trabajo intelectual por especialidades a lo largo de la historia. Se debió al sesgo positivista que puso el rigor del metalenguaje y la deconstrucción (y distanciamiento) del objeto en sus componentes analíticos para su control virtual y su mensurabilidad.

Si bien en esa racionalidad se reconoce claramente cierto desarrollo de la modernidad en la historia de la ciencia, ésta no debe ser confundida con un proceso de pulverización de saberes unitarios. Los procesos de contacto interdisciplinario ya habidos en ciencias naturales y exactas se han impuesto precisamente y al contrario por necesidades inherentes a su avance como tales. Ello estaría ocurriendo, para plantearlo como Jean-Marie Benoist, porque el principio de *una ciencia reina* que aportó los grandes

8. Buscando, además, como bien señala Jesús Martín-Barbero "(...) La posibilidad de que la comunicación sea un lugar estratégico desde el que pensar la sociedad y de que el comunicador asuma el rol de intelectual".

"Comunicación, campo cultural y proyecto mediador". En: *Día Logos de la Comunicación*, Nº 26. Lima, FELAFACS, 1990, p. 7.

9. Rafael Roncagliolo sintetiza resultados de estudios sobre población activa, producción y actividad comunicativa señalando que las actividades informático-comunicacionales tienen los incrementos de productividad más rápidos, con una participación mayor en el PBI, un crecimiento más veloz que el de cualquier otro sector económico con una absorción cada vez mayor de la Población Económicamente Activa, particularmente en los Estados Unidos. cf. Rafael Roncagliolo. "América Latina: las comunicaciones en el año 2000". En: *Video, tecnología y educación popular*. Lima, IFAI-CROCEVA, 1989, p. 38.

10. Más precisamente, los mecanismos sistémicos colonizan los mundos-de-vida, o en otros términos la substancia de la vida social es crecientemente definida en términos de racionalidad funcional y no desde el sedimento prelingüístico y preteórico en que se forman los saberes y relaciones de la vida

modelos a las otras - y cuyo paradigma fue la física newtoniana - constituyó en realidad un fenómeno cultural particular, cuestionado y superado por una nueva epistemología que

"(...)Construiría con la forma de una red compleja, u 'organon', las diversas situaciones de relación mutua de las ciencias".¹²

En ciencias humanas la renovación de la relación entre las diferentes materias ha seguido principios similares a los de las ciencias naturales y exactas. Por un lado, esto puede manifestarse mediante el uso de instrumentos lógico-matemáticos para fines no cuantitativos, como la revelación de coherencias en conjuntos complejos mediante modelos, ahí en donde la apariencia presenta un caos, o el descubrimiento de gramáticas, de principios generadores de un orden dado y de sus programas de transformación, formalizando las reglas que subyacen al fenómeno estudiado. Las contribuciones del método estructuralista no sólo al estudio del parentesco y de lo simbólico, sino a las diferentes semióticas, a la psicología genética y a la sociología son los ejemplos obvios. Y por otro lado los vemos en el énfasis, particular en los trabajos de corte historiográfico y antropológico, del estudio de las recurrencias de fenómenos o estructuras en campos vecinos, ajenos o aparentemente desconectados de aquel observado. La *discontinuidad* entre ellos deja ser un dato banal para adquirir relieve y replantear por sí mismo una problemática, pues contrasta notablemente con la articulación que esas estructuras o fenómenos aparentemente ajenos adquieren por el hilo conductor de tratamientos epistemológicos similares, los que a su vez devienen en núcleos ordenadores de saberes inter- e incluso transdisciplinarios.¹³ Ejemplo notable de esto último lo aporta la obra de Michel Foucault, en la que la discontinuidad entre hechos como la locura, la clínica, las prisiones, etc. se tornó en herramienta metódica para explorar la arqueología de ciertas prácticas represivas e inferir - por el hallazgo de elementos recurrentes, aunque aparentemente inconexos en las tablas de los saberes y de las prácticas del poder - principios generales que históricamente han regido las instituciones de "domesticación" del hombre moderno. De esa obra se derivan programas investigativos en los que saberes particulares - historia, psicoanálisis, antropología, etc. - se trascienden y se reconstituyen difuminando las fronteras tradicionales de las disciplinas.

Evidentemente el cambio de paradigmas le quita sustento en el plano teórico-epistemológico a la compartimentación de las disciplinas por especialización y al culto neopositivista al dato cuantitativo. Más bien es preciso distinguir con Benoist entre una

cotidiana. Este asunto es teorizado en el capítulo VI de Jürgen Habermas. *Teoría de la acción comunicativa*, Tomo II. Madrid, ed. Taurus, 1987.

11. Georges Gusdorf señala que "El proyecto de la interdisciplinariedad traza, de época en época, uno de los grandes ejes de la historia del conocimiento (...) La preocupación por la unidad suscita el deseo de un reagrupamiento que pondría remedio a la intolerable disgregación de los campos del conocimiento (...) Los espíritus más elevados, en las épocas más fecundas, afirman este tema de la unidad, que debe ser mantenido so pena de una fragmentación y anarquía epistemológica" en "Pasado, Presente y Futuro de la Investigación Interdisciplinaria". En: VV.AA.

Interdisciplinariedad y ciencias humanas. Madrid, Tecnos/Unesco, 1983, p. 33.

12. El ejemplo de esta relación interdisciplinaria a base de contactos locales y no globales es la biología molecular. Según Benoist, esta nueva epistemología busca (...) "Formas de intersección, interferencia e intervención fundadoras que traducen confluencias y sobredeterminaciones. (...) Estas relaciones pueden ser polémicas, y por muy débil que sea el punto de contacto, pueden conducir a una reestructuración total del discurso y del campo teórico (...)". Jean-Marie Benoist. "La interdisciplinariedad en las Ciencias Sociales". En: VV.AA. op. cit., p. 167.

13. *Ibid.*, pp. 177-178.

14. *Ibid.*, pp. 174 *passim*.

"interdisciplinariedad instrumental" y una "interdisciplinariedad crítica", es decir entre una en la que un saber principal simplemente recurre a prácticas científicas auxiliares cuyo rol es solamente técnico o de apoyo y aquella en que la relación establecida entre las disciplinas cuestiona o reconstruye el objeto de estudio.¹⁴ Si bien existe un tránsito general de lo instrumental a lo crítico, la investigación de la comunicación en nuestro continente no se caracteriza por una sola secuencia lineal de maduración; sino más bien por tensiones o fracturas entre actitudes y líneas de trabajo. En esa medida podemos distinguir muy esquemáticamente tres actitudes.

INTERDISCIPLINARIEDAD INSTRUMENTAL

La primera y la más frecuente en el campo de comunicación/cultura es la puramente instrumental, pensada como investigación regional, limitada a dar cuenta de un subsistema funcionalmente diferenciado dentro de un universo mayor al que no se alude. Estas investigaciones, entre ellas las denominadas "administrativas" por Mauro Wolf, pueden ser empleadas como insumo para otras investigaciones o en la toma de decisiones. El vínculo directo y dependiente con el mercado de estas investigaciones tiene menos relieve aquí por las cuestiones de interés económico o político suscitadas que por la interrelación existente entre las disciplinas merced a esa dependencia. Estas se jerarquizan entre sí evitando ubicar los problemas en áreas de frontera que pongan al objeto en crisis, manteniendo el marco de definición del problema dentro de la convención práctica fijada por los usuarios de la investigación. El paradigma de referencia resulta entonces elegido por criterios de finalismo y rentabilidad.

Ilustración de ello es el cúmulo de estudios de medición y segmentación de audiencias, de disposiciones de consumo del más diverso orden y de opinión, destinados a retroalimentar las estrategias de los medios masivos, o genéricamente, orientar y evaluar el comportamiento de un mercado, no necesariamente el de la empresa. Miden y establecen las posiciones correlativas ocupadas por diferentes productos que compiten entre sí (programas o emisores masivos, bienes de consumo publicitados, candidatos en una campaña, etc.) con el fin de otorgar valores diferenciales a dichos productos, y permiten al usuario (en base a la clasificación obtenida) conocer su desempeño. Pero dado que la utilidad del conocimiento "administrativo" consiste en evaluar una implícita relación estímulo-respuesta que recubre la relación oferta-demanda, se impone como un *a priori* un modelo explicativo organicista y causalista que conduce a inferir casi inevita-

blemente cual es el "efecto" del medio o del mensaje, reduciéndose todo a un problema de efectos, mediante indicadores contruidos en base a elementos observables externos.

De ahí entonces que el paradigma funcionalista haya sido el más apto durante décadas para la investigación¹⁵ y en los hechos se mantenga hasta hoy en la práctica de la investigación comercial e incluso en la académica. Esta paradoja entre la sobrevivencia práctica de un razonamiento cortoplacista y productivista, por un lado, y la elaboración de perspectivas más amplias, por otro, deja entrever cómo la naturaleza de las distintas vertientes del trabajo interdisciplinario se debe menos a posturas epistemológicas que a objetivos concretos dentro de las que éstas se procesan y actualizan. Uno entre muchos ejemplos de ello es la investigación de audiencias. Gracias a los aportes de la psicología cognitiva se intenta reforzar las hipótesis causalistas sobre los efectos de los medios, permitiéndoles a éstos autojustificar su protagonismo, cuando se podría en cambio relativizar la relevancia de los indicadores cuantitativos de recepción de los medios masivos (el "rating"), o bien poner en tela de juicio la nociones de recepción o de audiencia mismas, tomadas desde fuera de sus contextos culturales y de interacción. Sin embargo eso no ocurre, pues la utilización de técnicas (y no metodologías) de investigación auxiliares y ajenas a esa matriz teórico-metodológica, corresponde en ese caso al diseño estrictamente finalista de ésta última, con términos de definición del problema y de los resultados ajustados a aquella franja del conocimiento develable que conviene conocer y no a todo éste, pues de ser así, el objeto mismo de la investigación entraría en crisis.¹⁶ Más aún, el desarrollo mismo de la industria cultural desautorizarían ese tipo de estudios, pues como señala Elizabeth Lozano con ellos pierde curso

"(...)La idea de 'audiencia', fundada en un ideal de discursos finitos, coherentes, interpretables, aislables(...)el sujeto por lo tanto no puede entenderse sino como la voz por la cual los discursos sociales *pasan*".¹⁷

En suma, la investigación "administrativa" es tributaria de las constricciones del campo: aquí, la constructividad del conocimiento científico no viene a ser una neutra recomposición de la racionalidad del objeto-referente, sino un discurso resultante de una compleja confrontación de diversas definiciones y enfoques del problema, objetivos, intereses y presiones de cada actor interviniente. En otros casos, el conocimiento cuantitativo se fetichiza como cuando (aún así fuesen imperinentes e innecesarios en la práctica) quienes encargan la investigación piden resultados con "números" para demostrar la seriedad del trabajo realizado o



15. Desde la época de los estudios sobre efectos asimilables a los de una "aguja hipodérmica" y el modelo de Lasswell, pasando por las hipótesis acerca de los "usos y gratificaciones", hasta los recientes del *agenda setting*, en los que la psicología cognitiva y la sistémica se incorporan para desempeñar un rol importante, el funcionalismo es la constante que permite sostener una investigación al mismo tiempo útil o rentable para la massmediación y verosímil para resistir mínimamente al discurso crítico. cf. Mauro Wolf. *La investigación de la comunicación de masas. Crítica y perspectivas*. Barcelona, Paidós, 1987.

16. Un ejemplo: la pesquisa "cualitativa" sobre recepción fragmentada en la televisión peruana lo ilustra cuando, al demostrarse los límites de las mediciones de sintonía, los criterios convencionales pierden solidez y la evaluación de las audiencias correlativas entre canales o programas se relativiza, y con ello las escalas de precios del espacio publicitario, desordenando la lucha de las empresas en el mercado.

17. Elizabeth Lozano. "De sujeto cautivo a los consumidores nómádicos". En: *Día Logos de la Comunicación*, Nº 30. Lima, PELAFAC, 1991, pp. 20-21.

justificar burocráticamente una decisión. Más genéricamente, aun así la investigación en comunicaciones de la década de los ochenta se oriente hacia otros parámetros científicos que podrían verdaderamente enriquecerla, para Wolf

"(...) La exigencia de conocimiento del mercado es muy fuerte (o fortísima) y obliga a estudios y análisis inmediatamente operativos y funcionales (...) y al mismo tiempo estos datos son extremadamente pobres respecto a la complejidad del fenómeno del consumo televisivo".¹⁸

18. Mauro Wolf.

"Tendencias actuales del estudio de medios". En: revista *Día Logos*, Nº 30. Lima, FELAPAC, 1991, p. 28.

INTERDISCIPLINARIEDAD CRÍTICA Y MODERNIDAD

En contraposición al anterior, el segundo tipo de actitud es el de la investigación crítica interdisciplinaria, que sin las constricciones de la actitud instrumentalista, ubica a la reflexión comunicacional más allá de los límites roturados por los paradigmas funcionalista o shannoniano, abordando cualquier tópico de las ciencias humanas y buscando erigirse en hilo conductor o pivot de un nuevo diálogo entre ellas.

Sin embargo es preciso subrayar que se trata de interdisciplinaria crítica y no propiamente de transdisciplinaria. Expliquémoslo sucintamente. El antiguo diálogo de convergencia entre los saberes críticos en este campo -por ejemplo en la escuela de Frankfurt- se tematizó en la industria cultural en oposición a su mercantilización, es decir a la presunta degradación de la argumentación racional en aras del consenso político o a la defensa del arte por su capacidad de expresar la tensión del sufrimiento y de las diferencias contra su transformación en manipulación ideológica o en objetos vendibles merced al afán de lucro capitalista. Ese *leit motiv* de la denuncia se desplegó en nombre de una visión iluminista del Progreso que aspiraba a una mejora ilimitada del conocimiento y del bienestar colectivo. Si la Razón hacía inteligibles las obras humanas develando los niveles profundos o latentes que subyacen al de lo manifiesto y en los cuales toma forma el sentido, la propuesta recurrente en las ciencias sociales sería entonces la de descubrir las lógicas ocultas que determinan, enferman o sojuzgan pero que también caracterizan al sujeto y su actuar: así lo vemos por cierto en el marxismo y en el psicoanálisis, y más adelante en la semiología y en el estructuralismo. Pero esa lucha de la Razón entre la luz y la oscuridad de lo irracional subyacente a la epistemología crítica la libra un Sujeto racional, unificado, orientado casi inevitablemente a una transformación del orden social por uno más justo.

Ese aspecto teleológico del encuentro entre disciplinas, albergado en el paradigma estructuralista, que es un rasgo esencial de las ciencias sociales de los sesenta y setenta, se contraponen sin embargo a la autonomización de las esferas de la ciencia, la moral y la estética que en este siglo han caracterizado precisa y fatalmente a la modernidad en el plano de la vida social. Esta autonomización, teorizada por Habermas a partir de la obra de Max Weber¹⁹ inscribe a la interdisciplinariedad crítica en la perspectiva histórica de los grandes metarrelatos liberadores y progresistas, como parte de un proyecto inacabado de la modernidad. Crítica a la ciencia si sólo es instrumento de sistemas de organización o decisión, y al arte y la política si están escindidos de la vida o de una validación ética, manteniendo un nostálgico propósito ilustrado de reconciliar los saberes de los expertos con los cotidianos²⁰. Ahora bien, el contexto histórico de este tipo de reflexión vio en los medios masivos los componentes básicos de la industria cultural, excluyendo por razones obvias a las telecomunicaciones y a la informática. De esta suerte la investigación crítica no dispuso en ese entonces de un zócalo epistémico adecuado para integrar y pensar dos órdenes de realidad percibidos en ese entonces como separados. Por un lado, se criticó y se "desmontó" los bienes culturales, sobre todo los discursos de los medios, cuyos componentes textuales puso al descubierto el modelo informacional del estructuralismo; pero por otro lado, el análisis social, aunque en la teoría dijese otra cosa, mantuvo en los hechos²¹ una concepción teleológica del sujeto (orientado a fines y valores) y causalista de la interacción, (caracterizada por las relaciones de fuerza, es decir un modelo energético), soslayando la posibilidad de extender ese modelo al estudio del intercambio social y del sujeto mismo. De ahí que en este enfoque modernista el sujeto de la historia prevalezca sobre el de los textos permitiendo diálogos, préstamos o extrapolaciones en zonas de frontera entre las disciplinas, pero no una integración.

O forzando la figura, semiólogos y sociólogos cohabitan sin concubinato. De ello se desprende que en América Latina haya una multiplicidad de encuentros puntuales, pragmáticos, sin desaparecer cierta compartimentación funcional de los enfoques.

POST-MODERNIDAD Y TRANSDISCIPLINARIEDAD

En tercer lugar, las actitudes transdisciplinarias, inscritas en una visión post-moderna. En ellas el avance científico-técnico y el empleo extensivo de las telecomunicaciones y la informática son decisivos. A diferencia de los escenarios de la modernidad, aquí la difusión de las nuevas tecnologías desborda el dispositivo clásico de la comunicación masiva, extendiéndose el campo de la

19. cf. Jürgen Habermas. "Modernidad: un proyecto incompleto" en Nicolás Casullo (comp.) *El debate modernidad-posmodernidad*. Buenos Aires, Puntosur, 1989.

20. "En una palabra: el proyecto de la modernidad todavía no se ha realizado. (...) Intenta volver a vincular diferenciadamente a la cultura moderna con la práctica cotidiana que todavía depende de sus herencias vitales (...) La desilusión frente a los fracasos de los programas que abogaban por la negación del arte y la filosofía se ha convertido en un pretexto para posiciones conservadoras". *Ibid.*, pp. 142-143.

21. La obra de L. Althusser expone notablemente esta contradicción. Quedan entre paréntesis el trabajo estructuralista "duro" de los etnólogos y el de los etnohistoriadores.

industria cultural más allá de esos medios y articulándose con las telecomunicaciones y la informática.²² Lo que se limitaba al espectáculo de la gran mass-mediación (TV, impresos, radio, cine) ingresa ahora directamente a los mundos de la producción, la educación y el ocio privado,²³ diseñándose un nuevo tejido social basado en lo informacional. Como sabemos, se ha planteado que mediante estas nuevas tecnologías la sociedad se estaría redefiniendo como un conjunto de sistemas autorregulados cuya dinámica sería de permanentes flujos de información, habiéndose agotado el modelo clásico de industrialización. En este nuevo marco se opera, según Alejandro Piscitelli,

"(...)Un viraje decisivo en la apropiación de metáforas para la conceptualización de lo social que halla nuevamente en el lenguaje humano - como sucediera en 1920, pero sin la carga formalista, sintáctica y antipragmática de entonces - a su modelo privilegiado, y en la estructura dialógica de las conversaciones al entramado básico de la interacción hombre/hombre, hombre/máquina"²⁴

Asimilable a una densa red de circuitos comunicativos, este modo de organización social, discutidamente denominado post-moderno²⁵, se caracterizaría también por la *transparencia*, vale decir la accesibilidad y legibilidad absolutas de toda la información difundida en todos los circuitos y para todos sus agentes, con lo cual lo social se encontraría desasido de misterio y conflictividad. Todo se haría explicable y descriptible, pues los conocimientos sólo se validarían por su funcionalidad y aptitud para interconectarse cuantitativamente unos con otros: al no haber conflicto entre argumentos opuestos, dejarían de existir los saberes o discursos críticos, así como sus atributos de opacidad perderían curso al ser reemplazados por un mundo de *data* (datos), de enunciados precisamente transparentes, funcionales a las operaciones de los sistemas y ya no de juicio sobre sus contenidos. O en otros términos:

"Conocer es cada vez más ser capaz de escribir un programa que opere como modelo de lo conocido. A su vez la manipulación computacional de la realidad hace que tomemos crecientemente por real lo que no es sino su simulación".²⁶

Obviamente en ese tipo de escenario se describe sólo el pormenor de una hipótesis (quizá apocalíptica) y no un hecho acabado. En él, las ciencias naturales y exactas se han reciclado dialogando entre sí por medio de los modelos informacionales en

22. De hecho pasan a constituir un solo sector económico, el más dinámico en las economías contemporáneas. cf. Rafael Roncagliolo, op. cit., p. 36.

23. *Un signo más de ello es la línea de crecimiento del hardware.* La producción y la cifra de negocios de la gran industria del video, del audio o de la impresión aumenta gracias al mercado de usuarios no profesionales —familias o empresas consumidoras— y no por la demanda especializada de los grandes medios. La industria japonesa, capaz de planificar la innovación tecnológica y el perfil del mercado para plazos de hasta dos décadas enfatiza la simplificación, o si se quiere, la transparencia de la operatividad de los equipos, mejorando rápidamente los rendimientos técnicos de las ramas de uso no profesional (sonido e impresoras láser, video Super-VHS, editoras de video domésticas, etc.) modificando desde lo técnico, el criterio noción de formación profesional. Para mayor abundamiento en el tema del ocio y los medios, remitimos al lector al excelente texto de Román Gubern *El simio informatizado*. Madrid, Ed. Tecnos/Fundesco, 1987.

24. Alejandro Piscitelli. *Informatización. Comunicación y ciencias sociales. De la crisis de los paradigmas a la construcción de zonas híbridas*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1991, p. 3.

25. Por la importancia que le dan en su caracterización

que se reformulan, constituyéndose sobre este principio verdaderas transdisciplinas (bio-genética, robótica, etc. etc.) que sirven a su vez de metáforas para

"(...)Una modalidad multiparadigmática y transdisciplinaria de hacer ciencia social que trata, muchas veces infructuosamente, de mediar entre lo abstracto y lo concreto, que busca acomodarse entre lo narrativo y lo explicativo."²⁵

La diferenciación contenidista y compartimentada de los conocimientos (a pesar de la mencionada vocación de convergencia) se atenúa al valorizárseles sólo por su operatividad y traductibilidad a *bytes* de información, debilitándose la argumentación escritural, la idea lineal del progreso y en general la voz contestataria del discurso intelectual. El acercamiento entre disciplinas en esas condiciones difumina sus correlaciones jerárquicas, pues la tendencia del razonamiento sistémico a reducir la complejidad consagra la transparencia del pensamiento, así como la accesibilidad y manipulabilidad de los conocimientos nivelan el abstraccionismo de los conceptos con las técnicas para operativizarlos, despojándolos del exclusivismo del que fueron objeto. El ascetismo en el cultivo de las disciplinas y aún de los paradigmas centrales declina ante un nuevo panorama multiparadigmático de reapropiación pragmática de saberes, menoscabando las antiguas escalas de prestigio académico.

En cambio, metaforizando al dispositivo electrónico e informacional provisto por las nuevas tecnologías, las ciencias sociales en una perspectiva post-estructuralista se aplanan, pues dejan de buscar el sentido en un orden formal y opaco, determinado fuera de la conciencia del actor, y asequible a ese Sujeto racional, moderno, portador de metarrelatos liberadores.

En esa crisis el agotamiento de los grandes metarrelatos y la consecuente proliferación de microrrelatos se asocia con la pérdida del carácter teleológico de los saberes. Pensar la cultura desde sus grandes determinaciones conduce menos a críticas ideopolíticas que a definirla (y agotarla) desencantadamente como una serie de complejas redes de consumo material y simbólico reguladas cibernéticamente, regidas por el valor de cambio que permiten un discriminado acceso a sus usuarios, o a hacer dentro de ese marco propuestas operativas.

En contrapartida, esa identificación de lo macro con los sistemas que lo regulan abre espacio para pensar lo cultural y lo comunicacional desde el lado exactamente opuesto: los microcosmos cotidianos. Deja de enfatizarse el conocimiento de una racionalidad oculta develable "desde fuera", para explorar con otra sensibilidad el torrente de lo vivido con todas sus contradicciones. Así como el interés por las condiciones de

25. Por la importancia que le dan en su caracterización a la proliferación de redes informacionales, la banalización de los grandes metarrelatos y la multiplicación de los juegos de lenguaje, remitimos Jean-François Lyotard en *La Condición Postmoderna*, op. cit., y de Jean Baudrillard en *L'ombre des Majorités Silencieuses. La Fin des Social*, Paris, Denoel/Gonthier, 1982.

26. Alejandro Piscitelli, op. cit., p. 12.

27. A. Piscitelli, op. cit., p. 4.

producción cultural se deslizó hacia las de recepción, los saberes precisos han sido eclipsados por saberes narrativos, al ser éstos mejores vías de aprehensión de todo aquél ámbito de banalidad y contradictoriedad que informa la experiencia ordinaria, substancial para pensar la cultura desde fuera de los sistemas y reorientar, según los Mattelart, la investigación:

"En el horizonte se perfila otro paradigma, el del reconocimiento del sujeto y la pertinencia de una teoría que parte de las percepciones de aquél, de su subjetividad (...) que capte la comunicación como un proceso dialogante donde la verdad, que nunca más será única, se desprende de la intersubjetividad."²⁸

28. Michele y Armand Mattelart. "La Recepción: el retorno del sujeto". En: *Día Logos de la Comunicación*, Nº 30. Lima, FELAFACS, 1991, p. 15.

29. cf. Clifford Geertz. "Estar allí. La Antropología y la escena de la escritura". En: *El Antropólogo como autor*. Barcelona, Paidós, 1989. Este investigador ha sido franco al criticar la sobreesbucancia de información sistemática y precisa en muchos estudios de antropología cultural en relación al poco vuelo hermenéutico de ellos. Subordinan la creatividad del investigador a una aplicación estrecha de la lógica de la prueba. La comunidad científica confunde la honestidad intelectual con criterios innecesarios de convalidación que le restan al texto aquel aspecto narrativo que deberían incluir no tanto para

Con este retorno a lo local y concreto en desmedro de los macro-sujetos los referentes de estudio dejan su rigor categorial y su encasillamiento numérico. Se emprende una búsqueda de actos o sentidos difusos o diseminados, de "consumidores nomádicos" como bien los califica E. Lozano, que hoy están pero mañana sólo quizá, aún así la investigación administrativa trate de poner orden estadístico buscando "desde arriba" la homogeneidad cuando "desde abajo" se afirma la infinidad de las diferencias en la ambigüedad del lazo social y del gusto. De ahí que la observación y la descripción, pero sobre todo la comprensión directa de un fenómeno por abducción, (metodológicamente ignorada en otro momento) se revaloricen y deban expresarse en textos al mismo tiempo hermenéuticos y narrativos,²⁹ o como M. Maffesoli lo postula más radicalmente, asimilando la comprensión de la experiencia cultural a una *aistesis*-contemplación del objeto- y no a una cognición.³⁰

Esta combinación de conocimientos "duros" y "blandos" se apareja con el ya mencionado "aplanamiento" del conocimiento debido a la supresión del abismo epistémico entre lo superficial y lo profundo. Da lugar a un reflexión más puntual y menos comprometida con grandes causas, a un pensamiento epocal *light*, circunscrito a lo inmediato cuyas consecuencias van desde la negación ingenua o interesada de todo lo que no sea instrumental (visible en la primera actitud analizada) hasta la declinación del discurso crítico.

SOBRE QUE DEBATIR

Para terminar, ¿De qué nos sirve pensar estas rutas de la transdisciplinariedad? Veo por lo menos tres razones. Primero, para distinguir entre la realidad y lo que se propone como tal. No debe olvidarse que la transnacionalización del consumo cultural

en América Latina deja de lado a vastos sectores de la población del continente, restringiéndose en términos de una industria cultural telematizada a un segmento variable según el país. De hecho, si resulta excesivo hablar de sociedades post-modernas, tampoco es adecuado generalizar su estudio sobre el supuesto de una transdisciplinariedad en que integra a las ciencias humanas en un complejo de sistemas. Estos hechos plantean en América Latina la paradoja, subrayada por García Canclini, del predominio de criterios de modernidad en la economía y la política mientras que en el arte, la arquitectura y la filosofía las corrientes post-modernas son hegemónicas como en otros países.³⁰ No es novedad afirmar que la ecuación entre modelos económicos neoliberales y acceso extensivo al bienestar y a las nuevas tecnologías informativas contiene un juicio acrítico que soslaya el desarrollo de la pobreza, la anomia o la ignorancia. Lo es menos sostener que las formas híbridas de modernidad en nuestro continente no se van creando en "dégradé" según un implícito modelo difusionista de arriba a abajo del acceso a los bienes culturales, sino que nos encontramos ante un proceso cuya forma es más bien la discontinuidad y la fractura.

Ejemplo de ello puede ser la educación escolar peruana. A pesar de la extensión de la enseñanza y de los medios masivos, hay universos que tienden a diferenciarse crecientemente. Se polarizan cada vez más un régimen privado e informatizado que incorpora a sus privilegiados alumnos al mundo del interfaz con las máquinas y del razonamiento digitalizado, con respecto a otro, público y desfinanciado, sin equipamiento, sin maestros y con una ingente deserción de niños empobrecidos que salen precozmente a trabajar. ¿En qué condiciones puede investigarse esta situación sólo desde una transdisciplina con un eje informacional? ¿No es más lógico pensar en situaciones más complejas, en las que el horizonte post-moderno en que se ubica el primer caso es englobado por una perspectiva modernizadora a la cual concurren críticamente múltiples disciplinas que exploran la presencia de lo pre-moderno como puede ser la historia de las mentalidades o la sociología de la vida cotidiana, tan necesarias para comprender el Perú actual? Por ello, inferimos que recurrir a lo trans-, inter- o simplemente unidisciplinario es todavía un asunto puntual y de oportunidad, en la medida en que los temas de la modernidad mantienen vigencia en un contexto que, según señala Néstor García Canclini, las relaciones entre modernización socioeconómica y modernismo cultural se transforman sin muchos estudios empíricos sobre la cultura en la post-modernidad.

En segundo lugar, sirve para identificar la imposibilidad de pensar procesos u objetos que ya no se presentan como separados, sino que al interrelacionarse convocan una mirada compuesta por

facilitar la lectura, sino para restituírle su dimensión de vivencia.

30. La metodología misma del conocimiento ordinario debe apoyarse, como éste, en nociones y no en conceptos preconstruidos, buscando comprender formas —en la acepción sociológica de Simmel— y no explicar sistemas sociales. cf. Michel Maffesoli. *La Connaissance Ordinaire. Précis de Sociologie Compréhensive*. Paris, Méridiens/Klincksieck, 1985.

31. cf. Néstor García Canclini. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Grijalbo, 1990, p. 19.

32. *Necesitamos ciencias sociales nómadicas capaces de circular por las escaleras que comunican esos pisos. O mejor: que rediseñen los planos y comuniquen horizontalmente los niveles*. *Ibid.*, pp. 15-17.

saberes integrados.³² Esa cooperación entre disciplinas es la contrapartida teórica del modo en que en la realidad se han borrado taxonomías y jerarquías antes celosamente mantenidas: hablar de la oposición tradicional/moderno o de cultura de élite/de masa/popular pierde sentido en esta dinámica de hibridaciones. Desjerarquizaciones por lo tanto entre artes, géneros narrativos, tipos de espectáculo, etc. que por la vía del mercado colocan en planos semejantes lo antiguo y lo nuevo, lo oriundo y lo exótico, lo "erudito" y lo comercial, involucrando a un nuevo sujeto capacitado para mimetizarse en una mayor variedad de repertorios simbólicos y/o a una pluralidad de sujetos.

Dentro de esa óptica la secularización de la sociedad y la exposición a la industria cultural son las condiciones para que prácticas culturales ayer de vanguardia pasen a capilarizarse en sectores más amplios. Con el declive de esa dicotomía vanguardia/masas, típica de la modernidad, los estudios culturales desplazan el énfasis del punto preciso de la lectura o el consumo - el texto - a los lugares difusos, casi ubicuos, de la socialidad, donde se despliegan esas dinámicas de hibridación cultural y donde la subjetividad es aprehendida transversalmente.

Tomando un ejemplo más, ¿Dónde reflexionarán los comunicadores una gran ciudad latinoamericana si deben ocuparse de su vida cultural? ¿En la arquitectura y la sociología, en la economía y la ecología, o en su música, su literatura, su historia cultural? Seguramente con un poco de todo ello, valiéndose de una gran plasticidad, aunque también trabajando en equipos, lo que nos lleva a lo tercero.

La trans- o interdisciplinariedad consiste en última instancia no sólo en el contacto entre diversos horizontes teórico-metodológicos, sino en diferentes formas de trabajar, vale decir de combinar teoría y *praxis*. El trazo de fronteras entre investigación pura y aplicada también se ha modificado, pero no sólo en virtud de los cambios en las disciplinas sino gracias a la aparición de modos de acción de la sociedad sobre sí misma substancialmente diferentes. Las grandes orientaciones de la escena política como la retracción del rol del Estado o el impulso de la iniciativa privada se traducen, más allá de los intereses creados, en nuevos modos de organización ubicados precisamente fuera del estilo de los actores clásicos del desarrollo. Se trata de destacar la importancia creciente de actividades que asocian la investigación con acciones de promoción con poblaciones de base cuya participación es indispensable para el investigador. Así como las propuestas estatistas de progreso o los aparatos político-partidarios centralistas se han desdibujado y los esfuerzos de auto-organización local y privada han ganado relieve, los saberes académicos arriesgan la asfixia si se encapsulan en la universidad sin respirar a través de prácticas innovadoras. Sin mistificarla, la investigación

participativa es importante por permitir un vínculo fecundo del saber científico con los sentidos comunes, o como plantea Lechner,

"El análisis del científico *social* siempre será una *interpretación* cuya validez depende no solamente de las convenciones al interior de su comunidad científica sino igualmente del reconocimiento intersubjetivo de quienes fueron estudiados",³³

Aunque este trabajo interdisciplinario pueda ser juzgado instrumentalista precisamente no lo es. Guillermo Rochabrún, resumiendo experiencias de manejo popular de tecnologías, afirma que el trabajo de investigación participativa engloba los proyectos de innovación tecnológica en una perspectiva más amplia, la de los sujetos de base, cuya cultura ordinaria (o mundo-de-vida) es asumida como un hecho constante con sus técnicas y lenguajes propios que es necesario dejar hablar. Contextualizan la racionalidad científica, liberándola de su etnocentrismo y transformando las ideas de eficiencia y progreso.³⁴ Vemos al contrario un tipo de trabajo que le da un lugar central a la razón comunicativa, y en el cual el contacto entre disciplinas, inter- o trans-, se determina por urgencias y alternativas dramáticas ya ni siquiera de progreso sino de sobrevivencia social y no por la sistémica mediada por el mercado presuntamente propia a la realidad post-industrial, desencantada y obesa de información.

Finalmente esto lleva al ineludible terreno de las exigencias éticas, en el cual el trabajo intelectual figura, para nosotros, con toda su vocación de crítica y su sabor de debate, sin disolverse en juegos de lenguaje. La gratuidad y el relativismo de éstos últimos, según lo señalan los post-modernos, al no dar curso para un conocimiento con pretensiones de universalidad, termina encubriendo los propósitos de los neoconservadores. En esa medida debemos situar el trabajo transdisciplinario en la otra vertiente, la de la construcción de una modernidad que para nosotros sigue siendo aún, para utilizar las palabras de Habermas, un proyecto inacabado.

33. Norbert Lechner. "Estudiar la Vida Cotidiana". En: Norbert Lechner (comp.). Op. cit., pp. 51-52.

34. cf. Andrew Maskrey y Guillermo Rochabrún (ed.). *Si Dios hizo la luz... El manejo popular de tecnologías*. Lima, ITDG, 1990.

Lima, Noviembre de 1991